

MARÍA Y LA IGLESIA

San Agustín, en su vigésimo quinto Sermón, afirma que la grandeza de María no radica en el privilegio de haber generado al Hijo de Dios en la carne. Ella es grande gracias a la fe en la que acogió, concibió, dio a luz y alimentó al Hijo de Dios. Es su fe (la obediencia expresada con su *sí/Fiat*) la que genera, solo en ella, el cuerpo del Hijo de Dios, Jesucristo. María genera la carne de Jesús, en su intelecto, en su voluntad y en su corazón, como un acto de fe fruto del Espíritu Santo. Esta fe fecunda es, desde san Agustín, indicada como la razón de su honor. En la Iglesia, María es grande, mucho más por su fe que por su privilegio único de haber dado un cuerpo humano al Hijo de Dios.

Los Evangelios dan testimonio del camino, de la misión y de la peregrinación de la fe que María está llamada a vivir. San Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris mater* 2, citando a *Lumen gentium* 58, nos dice que María tuvo que crecer en la fe para dar a luz plenamente a Jesucristo. María es una discípula y una peregrina en la fe. Al cristiano, discípulo misionero, se le pide tener conocimientos, que siga y participe en el camino de la fe de María. Solo de esta manera, gracias a la fe, el Espíritu Santo puede dar a luz a Jesús también en cada uno de nosotros. Recorramos ahora con María las etapas de su peregrinación en la fe creciendo en su misión como hija, discípula y madre.

Lc 1,26-38

La Anunciación, así como la concepción virginal de Jesucristo en Mt 1,18-25, es el primer momento de su fe. El «sí» de la Anunciación todavía no parece

realizarse del todo, aunque es, por parte de María, total. Es el comienzo de la obediencia materna y, por lo tanto, un «sí» que humanamente es un impulso de disponibilidad absoluta, pero aún no está completo, porque aún no ha sido plenamente consumado. En la Anunciación, interrogando al ángel, María sigue siendo la protagonista. Ella dice «sí» solamente después de este diálogo y confrontación. El Hijo de Dios, aunque está destinado a ser la salvación de toda la humanidad, en la Anunciación todavía aparece como el fruto exclusivo del vientre virginal de María y de la fecundidad del Espíritu Santo.

Lc 1,39-45

Cuando María visita a Isabel, esta reconoce la maternidad divina. Es el encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Pacto. La maternidad divina de María se afirma como el fruto de su fe: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

Lc 1,46-56

Con el *Magnificat* tenemos la respuesta de María a la profesión de fe de Isabel. Es un canto de exultación, en el que se expresa la conciencia de María de que lo que lleva en su vientre proviene de Dios a través de su libre adhesión de fe.

Sin embargo, lo que el Espíritu Santo hace y obra a través de la obediente mediación de María no será únicamente de María, sino que será para todos. De generación en generación, toda la humanidad y toda la creación recibirán los beneficios de su fe virginal. En María, la mediación histórica del cumplimiento de las antiguas promesas a Israel y el comienzo del mundo reconciliado, tienen lugar para toda la humanidad. A través de la mediación de Israel en María, el mundo comienza su camino de salvación y reconciliación. Somos el nuevo Israel: en María, por la fe, comienza la Iglesia.

Lc 2,1-20

El nacimiento de Jesús (cf Mt 2,1-12) ya muestra, a través de los pastores, los signos de la reconciliación del pueblo. Lucas describe el comienzo de la transfiguración del mundo, en los pastores, mientras que Mateo nos presenta, en los Reyes Magos, el alcance universal y la grandeza del fruto del vientre de la Virgen María. Aquí, la madre de Jesús no habla, sino que conserva todo en el secreto de su corazón. Medita y contempla la unidad del Misterio, el sentido de las cosas que le suceden y está llamada a vivir en la fe.

Mt 2,13-19

A través de la historia de la huida a Egipto y de la matanza de los inocentes, surge cómo, desde la primera infancia, la relación de Jesucristo con María está marcada por el derramamiento de sangre, una clara señal de una sangrienta separación que conduce a la madurez de la fe. Lucas presenta esta verdad también en el episodio de la circuncisión (cf Lc 2,21): el primogénito no pertenece a María, y su relación materna ya parece tomar una forma de sacrificio (el cuchillo, la sangre y el nombre dado a Jesús a través de la sangre: Jesús significa «Yavé salva»). Jesús pertenece a Dios, y la separación de su madre será violenta. En la separación de la cruz, gracias a la fe, el Hijo de María es dado a todos, para la salvación de todos, y se convierte en Señor de todo, cabeza de su cuerpo que es la Iglesia (cf Jn 12,32).

Lc 2,22-38

La profecía de Simeón habla de la espada que atravesará el corazón de María como una específica consecuencia maternal del misterio pascual de Jesucristo. El niño es un «signo de contradicción»: revelará la fe en el se-

creto del corazón de los hombres, en las profundidades de nuestro espíritu, cuando sea elevado en la cruz atraerá a todos hacia sí.

Lc 2,41-51

Jesús, siendo un adolescente, abandona a sus padres en Jerusalén y se queda en el Templo, tomando posesión de lo que le pertenece (cf Jn 2,13-22; Lc 4,16-30). Jesús les dice a sus padres: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» La separación es clara para José —que no es el padre—, pero también se refiere a María.

En los próximos pasajes evangélicos, está claro lo que Cristo dice acerca de la relación adulta entre la Madre y el Hijo. En un camino de discipulado, Jesús educa la maternidad de María y la abre a la misión de la maternidad de la Iglesia a través de la fe obediente en la escucha y en la vida de su Palabra.

Jn 2,1-12

En el episodio de las bodas de Caná tenemos el vino y el matrimonio, signos escatológicos de la Jerusalén celestial, donde todos nosotros, juzgados por la verdad de la Palabra de Dios y por su amor, seremos uno con Dios: «Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo» (Ap 21,2). Decir paraíso significa decir unión conyugal entre Dios y la humanidad. El mundo será juzgado para ser reconciliado.

En Caná, María trata de «aprovechar» su privilegio materno como madre en la carne, pero recibe una lección de su Hijo, para que pueda cumplir su verdadero papel. En Caná, María es madre, pero aún no es completamente hija. Jesucristo se distancia de ella: quiere transfigurar su privilegio de maternidad carnal. Primero le habla, no llamándola «madre», sino asimilándola

al resto de la humanidad con el uso del término «mujer». Cristo responde a su madre como el Señor de la humanidad, enfatizando la distancia entre él y María con palabras duras: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2,4). Jesús también le indica a María el tiempo de la plenitud de su pasión: «Si creces en tu fe –parece decirle–, te convertiré en la madre de toda la humanidad en tu participación en el sacrificio de mi cruz». María acepta el desafío de su Hijo y nos muestra a los hombres que el camino de la fe es la obediencia a todo lo que el Hijo dice: «Su madre dice a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”» (Jn 2,5). María, como aprendiz en el camino del discipulado, es educada en la fe por su Hijo, a través de la separación de él, a través de su muerte en la cruz. La fe se logra plenamente solo en la Pascua que revelará su misión materna universal.

Mc 3,31-35 (Mt 12,46-50; Lc 8,19-21)

Todavía animada por su privilegio en la carne con respecto al Hijo, María busca a Jesús como su propio Hijo. Él no recibe a su madre, ni la permite entrar. Él mira a los discípulos y pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Para responder: «El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». Jesús está describiendo lo que sucedió en la Anunciación: está diciendo que la fe vivida por María transforma a los que creen en una madre: la fe genera hijos e hijas de Dios. Jesús educa a María, revelándole el verdadero significado y el alcance universal de su privilegio de la maternidad carnal, para amplificar su maternidad y hacerla madre de la Iglesia, de la humanidad salvada.

Lc 11,27ss

«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Ante estas palabras, Jesús responde: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la

Palabra de Dios y la cumplen». La maternidad que genera (la matriz) y la sustenta (el seno) es la generación en la Palabra que, escuchada y obedecida, se hace carne (es decir, se pone en práctica) y se sacrifica (a través de la ofrenda eucarística en la cruz) con el fin de nutrir y mantener la fe edificando la Iglesia, comunidad de creyentes.

Jn 19,25-37

La hora ha llegado. Jesús está colgado en la cruz, expuesto, completamente entregado al Padre. Así Jesús no solo se pone completamente a disposición de la voluntad del Padre, sino que se deja entregar al Padre, para la salvación del hombre. Entregándose a sí mismo, Jesús permite que el Padre lo entregue por nuestra salvación. Esta es la razón por la cual él anunció que, cuando fuera levantado y resucitado de la tierra, habría atraído a todos hacia sí mismo (cf Jn 12,32). Y todos «mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37, cf Zac 12,10). Ha llegado la hora. Dentro de esta «hora», dentro de este contexto, Jesús nos entrega a su madre.

Jesús se dirige a su madre y la llama «mujer» (humanidad femenina), ofreciéndola como madre a Juan. Juan recibe a María como «mujer». Es el cumplimiento de lo que Jesús dijo en Juan 2,4: María se convirtió en la madre de todos los vivientes, invirtiendo y convirtiendo la desobediencia de Eva (cf Gén 3,20). La maternidad de María a los pies de la cruz reconoce que Jesús es el fruto de su vientre, y que Él la entregó para que sea la madre de todos los vivientes, madre de la Iglesia, de la humanidad y del mundo reconciliados.

Al pie de la cruz, un nuevo y verdadero Adán genera la verdadera y nueva Eva. A los pies del nuevo árbol, es vencida y redimida la antigua desobediencia (cf Gén 3,9-15). A través de la mediación de Juan el Apóstol, María se convierte en la madre de toda la humanidad. La Iglesia, humanidad reconciliada, tiene su origen en el misterio pascual.

Jesús educa a María para que pueda pasar del «sí» de la Anunciación al «sí» de la Cruz. Aquí, al pie de la cruz, en silencio, dejándose llevar, María realiza

la máxima fidelidad a su «sí»: se deja moldear, crear y «usar» por Dios. Si, en la Anunciación, se libera a través de la palabra humana de su fe, al pie de la cruz se libera a través del silencio de la amorosa y fecunda contemplación del abandono y de la entrega del propio Hijo.

Después de la cruz, María ya no volverá a hablar. Todo lo que dice será siempre para volver y obedecer a su Hijo, para nuestra salvación. También en las apariciones siempre se dirigirá a las palabras de Jesús, su Hijo, invitándonos a hacer lo que Él nos dice en su Iglesia.

He 1,14

La Iglesia espera el Espíritu para confirmarla, para introducirla en la plenitud de la Verdad, para consolarla y para defenderla. En Pentecostés, María, en silencio, está en medio de los apóstoles, en el centro de la confirmación de la fundación apostólica, petrina y mariana de la Iglesia: María se coloca en el corazón de la misión universal de la Iglesia naciente. Ahora Cristo está completo: Él, la cabeza, y nosotros, en María, su cuerpo, unidos a Él en el Espíritu. María, madre de todos los redimidos, nunca ha perdido el papel único y exclusivo de ser la madre de Jesús: en la Cruz, Jesús extiende su maternidad a toda la Iglesia; y en Pentecostés, la confirma. En la Iglesia, su maternidad se vuelve universal. La fe de la Iglesia puede generar a Jesús en los corazones de los creyentes a través de la fe y en la maternidad de la Virgen María, fruto y obra del Espíritu Santo (cf LG 53,63-65). En esta lógica de generación filial en el Espíritu de Dios, donde la libertad y la fe se encuentran en la Pascua de Jesús, tiene origen y toma forma el sacramento del bautismo.

La fe mariana, fruto de la colaboración materna de María, está subordinada, relativa y derivada de la mediación salvífica de Jesucristo (cf LG 60-62). Todo en María se corresponde a lo que Jesús había dicho a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9,23-24, cf Mt 16,24-27, cf Mc 8,34-38, cf Jn 12,25).

María se niega a sí misma, toma su cruz y sigue al Hijo en la gloria de la cruz y la resurrección (Asunción de alma y cuerpo al cielo). Muriendo a sí misma, participa como madre en la cruz de su Hijo, y lo sigue, dejándose transportar hasta el punto donde, a través del Espíritu, su maternidad terrenal de Jesús se convierte en maternidad universal en la Iglesia.

1Cor 15,20-28

Cristo, el nuevo Adán, es el primero de los que resucitan de los muertos: es el primogénito de toda la creación (cf Col 1,15) y el primogénito de los muertos (cf Col 1,18). Del mismo modo que es el nuevo Adán, su madre es la nueva Eva (cf San Ireneo de Lyon, *Contra los herejes*, Libro III, 22,3-4). San Ireneo se refiere a san Justino en este paralelismo María-Eva, basado en el paralelismo de san Pablo: Cristo-Adán. Ella será la primera en participar en su gloriosa resurrección: «Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo» (1Cor 15,22-23). María, en su orden, como la madre de Jesús en su carne inmaculada, es la primera de las criaturas en ser resucitada; como madre de la Iglesia, es la primera obra de la creación plenamente realizada y glorificada, y también lo es en el alma y el cuerpo, como un todo: su alma fue obediente a través de la fe, su cuerpo fue modelado por su obediencia virginal.

Como madre, María nos lleva a la gloria del Hijo, intercediendo por nosotros en el cielo. Asunta en alma y cuerpo al cielo, sigue siendo madre del Hijo y madre nuestra, garantía de que lo que le ha sucedido nos sucederá también a nosotros: seremos glorificados en alma y cuerpo, en el día de nuestra resurrección, si somos tan fieles como ella ha sido, si creemos con la fe mariana, con su fe. María, en su maternidad, es el punto firme y la esperanza segura de que la resurrección de Jesucristo será efectiva, abrirá la vida eterna para nosotros, y que la nueva vida de su resurrección estará obrando en nosotros sus criaturas. Por esta razón, en la Plegaria eucarística, cuando recordamos

nuestra viva comunión con la Iglesia celestial, la primera criatura glorificada que debemos recordar, con respecto al orden de la resurrección de los muertos (cf 1Cor 15,23), es la Virgen María, madre de Dios: en su maternidad divina está el comienzo efectivo de su maternidad eclesial.

Ap 12,1-17; 21,1-14

La relación entre la mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y la comunidad cristiana perseguida por su propio testimonio nos lleva a una mayor comprensión del principio mariano en la Iglesia. En la narración, las persecuciones sufridas por los cristianos se describen en términos de batallas apocalípticas, en la atmósfera de la victoria escatológica de la mujer en virtud del nacimiento y la misión del Hijo. La mujer coronada con doce estrellas, dando a luz en el contexto de la batalla del dragón contra ella y el Hijo, nos habla de una conexión entre la mujer y la comunidad de la Iglesia. Nos muestra que esta unión es mucho más que simbólica-nominalista y arbitraria. Este vínculo emerge posteriormente si consideramos que también Dios mora en nosotros, en la gloria celestial, se presenta como una ciudad que desciende del cielo, como la esposa del cordero, la esposa del victorioso Señor resucitado.

Es posible comprender a la mujer que da a luz como la Virgen María, en la Encarnación-nacimiento de Jesucristo, contemporáneamente como la madre de su Hijo y, como Iglesia, madre de los hijos generados por y en su Hijo, siempre en la historicidad de su pasión y muerte en la cruz (cf Ap 12,10-12). Es posible que Juan, en el capítulo 12 del libro del Apocalipsis, tenga en mente a María, la nueva Eva, hija de Sión, que dio a luz al Mesías. Podemos vislumbrar la relación entre la generación de la fe de los cristianos en la persecución y la generación del Hijo de Dios en María y en ellos.

Más allá de esto, hemos visto que la capacidad de la Virgen para significar, representar y ser humanidad como Virgen-Iglesia esposa –como el comienzo ya redimido de la salvación y como cooperante en esta salvación–, está arraigada en el hecho de que su Hijo la identifique claramente como «mujer»

en toda su predicación sobre el reino de Dios, en sus obras que realizaron el reino de Dios, hasta la cruz. Conocida como la madre de Jesús, María es llamada «mujer» por él, tanto en las bodas de Caná (cf Jn 2,4) como a los pies de la cruz (cf Jn 19,26).

Jesús mismo explica que la maternidad de su madre, María, se extiende a la maternidad eclesial: lo que hizo (escuchando y obedeciendo la Palabra de Dios) la hace madre, en la carne, del Hijo de Dios, como nosotros, escuchando y obedeciendo a la Palabra de Dios, seremos generados como discípulos («mis hermanos, mis hermanas»: cf Mc 3,33-35; Mt 12,48-50; Lc 8,21) capaces de generar («mi madre»: cf Mc 3,33-35; Mt 12,48-50, Lc 8,21). Al dar el nombre de «mujer» a su madre en la carne, Jesús enfatiza la necesidad, para María, de crecer como discípula para ser, en el misterio de la cruz, la primera de todas las criaturas en ser glorificada. Esto, para nosotros, tiene el significado teológico de que nos encontramos ante ella, la nueva Eva, la madre de los vivos, como el comienzo-principio, la prefiguración y la garantía de que nuestra salvación, como humanidad, es factible y efectiva.

María, ya glorificada por su elevación al cielo en cuerpo y alma, como primera criatura que participa en la eficacia redentora del misterio pascual de su propio Hijo, permanece presente, como la humanidad ya vencida definitivamente, en la comunidad de la Iglesia que genera Cristo en los fieles peregrinos y aun en medio de las luchas y persecuciones mundanas. Ella, perteneciendo ya totalmente a Dios, prefigura lo que sucederá a todos, en la gloria del Hijo. Él lo garantiza, en la medida de lo posible, a todos los hombres y mujeres, como una criatura glorificada e intercediendo maternalmente por ellos junto a su Hijo.

En su maternidad ya redimida y glorificada, María coopera como madre en la generación de hijos en su Hijo, coopera en la generación de la Iglesia. Como el principio creativo de la Iglesia y del mundo ya definitivamente reconciliado con Dios Padre, por Cristo, en el Espíritu, María nos testifica que la humanidad junto con toda la creación (el sol, la luna, las estrellas, el cielo y la tierra, la ciudad), cuando sean salvados, serán salvados como Iglesia y esposa (cf Ap 21,1-7).